

la razón y consagran tu derecho; la mujer debe seguir á su marido.

— ¡Triste poderío el que se obtiene por medio de la ley y de las costumbres! Yo querría poder convencer á Susana, animarla con mi deseo, hacerle compartir mi confianza y llevármela triunfante, como un amante se lleva á la mujer que adora, para vivir cerca de ella, lejos de la agitación del mundo, los meses que me son necesarios para terminar mi obra.

— Házsela oír — exclamó el músico, — y verás como no vacila en seguirte.

— Dado caso que me comprenda — contestó Derstal con infinita tristeza. — Hé aquí pronunciada la gran palabra; sí, dado caso que esté en estado de comprenderme, y de eso precisamente es de lo que no tengo la seguridad. Mi querido amigo, cometí un error gravísimo, y ahora estoy pagando duramente las consecuencias. Me casé con una mujer por su belleza, su gracia y su esplendor, sin tener en cuenta ni su inteligencia ni su bondad. Me arrastró la ambición; el espejismo de una incalculable fortuna me sedujo, y las halagadoras insinuaciones que se me hicieron acabaron de conquistarme. El cerebro tomó mucha más parte que el corazón en la elección que hice; traicioné un afecto imposible de reemplazar; negué á mis más abnegados amigos; renegué de mis más arraigados principios, y todo para que al cabo de unos meses tenga que reconocer que todo ha sido

inútil, y que ni siquiera he recibido el pago de mis infidelidades y apostasías. Tal vez bajo el peso de estas comprobaciones, que se parecen mucho á los remordimientos, mi cerebro se embota y permanece estéril. El terreno de la ingratitud es un terreno que no se puede cultivar. En él no crecen más que plantas espinosas y faltas de savia. Esta debe ser, sin duda, la explicación de mi lamentable estado intelectual. Mis pesares envenenan mi imaginación, y ninguna de mis ideas fructifica como fructificaban en otros tiempos. Un médico que consulté, me dijo sonriendo que estaba neurasténico, como todos los artistas de esta época; pero hay ratos en que creo que estoy loco. El aislamiento en que vivo desde hace un año, en medio de gentes que se ocupan de futilidades y que me han obligado á interesarme en la ineptia de sus ocupaciones, me ha puesto en el estado de depresión cuyos efectos estás viendo. Es preciso que salga de este centro deletéreo; es preciso que me bañe en un ambiente de actividad intelectual. Necesito oír hablar de otra cosa que de bailes, trajes, rivalidades mundanas, «fírteos galantes» y adulterios proclamados. Me ahogo en esta atmósfera mórbida y perfumada. Todos esos hombres y todas esas mujeres me inspiran horror, y hay momentos en que tengo deseos de coger el sombrero y escaparme para irme á refugiarme en un sitio en donde no tenga que volver á verlos más.

— Pues bien, es preciso que te marches y que

te acompañe tu mujer. ¿Qué pueden suponer para ella tres meses de aislamiento si los pasa á tu lado? Será una encantadora calaverada, pues no te irás al otro extremo del mundo. Contáis con medios para procuraros un lujo más que regular. Tu mujer irá á ver á su familia durante el día. Con gusto aceptará el régimen, que es el mismo para todas las mujeres desde que el mundo es mundo: vivir con su marido. Vamos, querido Derstal, un poco de confianza y otro poco de valor. Debes intentar la aventura; vale la pena; la gloria lo exige.

Como si haciendo el examen de su situación se hubiese abatido más profundamante, Derstal había vuelto á caer en su acostumbrado mutismo. Movi6 la cabeza al oír que Pinchart trataba de infundirle valor. Su rostro había adquirido una expresión de amargura y desaliento. La noche entraba, y en la obscuridad, que por momentos se hacía más intensa, aumentaba la melancolía de los sentimientos experimentados. Pinchart dijo á su amigo:

— Ya sabes que estoy á tu disposición. Suceda lo que suceda, si tienes necesidad de mí me encontrarás siempre. Una palabra y me tendrás aquí.

— Gracias—contestó Derstal,—pero por el momento no puedo esperar nada más que de mí mismo. Es preciso que me liberte, y si semejante resultado se puede alcanzar, yo solo puedo conseguirlo.

Á través de los salones lujosamente decorados y amueblados suntuosamente, acompañó al buen Pinchart hasta el vestíbulo, en donde los solemnes criados le vieron pasar con impasible desdén.

La situación, tal y como Derstal la había descrito á su amigo, no podía ser más exacta. Bajo la nefasta influencia de Harry, el desacuerdo se hacía cada vez más patente entre el compositor y la familia Brandón. Libres de la obligación de armonizar las conveniencias con respecto á Derstal, consultándole sobre la reglamentación de las diversiones que constituían su única ocupación, los Brandón se entregaban á ellas con aturdidor frenesí. Incapaces de permanecer en reposo sin sucumbir al aburrimiento, se entregaban á una agitación que no les dejaba ni el tiempo necesario para reflexionar. El automóvil, ruidoso y rápido, símbolo fiel de su propia existencia, estaba constantemente bajo presión y dispuesto á llevarlos á las carreras, á los *garden-party*, á los *lunchs*, á las exposiciones, atravesando París con gran estrépito é increíble velocidad, con los mugidos de la bocina que acababan de dar á sus actos y gestos el aspecto de un carnaval perpetuo.

Harry era el que entonces tenía la dirección de las diversiones de la familia, y tenía constantemente á su madre, á su hermana y á Jim en una continua fiesta, en la que tomaban parte todos los vividores que gustan de divertirse sin que les eneste nada. De Derstal, que trabajaba,

no se ocupaba nadie; sólo Susana iba alguna vez á turbar la soledad del compositor para dirigirle tiernos reproches por su intransigencia. Sufría realmente viéndose siempre lejos de él; pero Harry, con hipócrita rudeza, le decía:

— Querida mía, ¿qué podemos hacer? Ya sabes que todas nuestras tentativas para hacer sociable á ese solitario gruñón han fracasado. Si quieres, empiezas de nuevo la tarea de domarlo. El martes próximo tenemos que ir á un baile á casa de la duquesa de Spalatro; suplícale que te acompañe; tal vez esta fiesta pintoresca será de su gusto.

— Me alegraría muchísimo, pues le echo mucho de menos. Cuando alguien me pregunta con aire contristado: «¿No veremos esta noche á nuestro querido maestro? ¿No vendrá ni siquiera un momento?», siento una pena muy grande, y parece que no está nada bien que me presente en todas partes sin él.

— ¿Por qué no va contigo? Antes no te dejaba nunca.

— Hemos abusado de él. No es un hombre vulgar, y no se le puede tratar como.....

— Como á mí, por ejemplo — dijo Harry con burlona mala intención.

— Harry, te suplico que no te complazcas agravando la situación. Bastante comprometida está ya.

— ¿Por culpa de quién?

Susana, dominada por el altanero descaro de

su hermano, no se atrevió á replicar. Sin embargo, en su fuero interno se decía que si Derstal tenía alguna culpa no la tenía toda. Reconocía que su digna gravedad y su orgullosa obstinación no carecían de grandeza.

— Debes saber, Susana — agregó Harry, — que si esto me preocupa, es porque se relaciona contigo. Hace tiempo que estoy ya convencido de lo que de Derstal se puede esperar. Tienes todavía grandes ilusiones, ya las perderás.

La táctica de Harry conseguía desgraciadamente agravar el disentimiento que existía entre marido y mujer. Susana, molesta por la fría actitud de Derstal, no se arriesgaba á hacer ninguna tentativa acerca de él, y Derstal, herido por el abandono de Susana, hacía esfuerzos para arrojarla de su corazón. El contacto con la familia Brandón se había hecho tan insoportable para Derstal, que ni siquiera asistía á las comidas, única ocasión en que antes se encontraba con los habitantes del hotel. Almorzaba en los barrios apartados, donde no le conocía nadie, y comía en el círculo entre personas que le eran del todo indiferentes. Aquella soledad, en medio del movimiento y del ruido, era para él una especie de consuelo; tenía libertad para pensar, y poco á poco iba recobrando la posesión de sí mismo.

Cuando regresaba por la noche, siempre encontraba la casa vacía. Su mujer estaba en el teatro ó en algún baile. Se encerraba en su gabinete, y

antes de acostarse leía y fumaba. Muy entrada la noche, le despertaba la pesada puerta del hotel, cerrándose tras el coche en que volvían los dueños. El paso furtivo de Susana hería el pavimento del corredor, y algunas veces, cuando no era muy tarde, oía que intentaba abrir la puerta. Como el cerrojo estaba corrido, resistía, y entonces los pasos se alejaban, y Derstal se quedaba solo. Entre los dos esposos era completa la separación. El marido, sin hacer una observación ni dirigir un reproche, dejaba á su mujer que viviese á su gusto, y la mujer, sufriendo el ascendiente de su familia, la atracción de los placeres y la influencia de sus antiguas costumbres, dejaba que cesase lentamente toda comunión de ideas, toda relación de hecho con su marido, y establecía del modo más innegable la incompatibilidad de carácter que los alejaba.

No obstante, Susana, aunque profundamente herida por la actitud intransigente de Derstal, no se sentía libre de la ternura y de la admiración que le profesaba. Sufría mucho con lo que se obstinaba en creer que sólo era una equivocación; y como era incapaz de comprender las profundas causas del alejamiento del compositor, pensaba todavía que había de serle posible atraerle de nuevo á ella, y lanzarlo otra vez en el torbellino de su vida de placer. Una tarde, en el momento de entrar en su habitación, Derstal se sorprendió al encontrar encima de su cama un elegante dominó de seda. Llamó para informarse de quién

había llevado allí aquel disfraz, y el ayuda de cámara le contestó que había sido la señora quien «ella misma lo había llevado». Presintiendo algún atentado contra su libertad, Derstal se disponía á ir á ver á Susana para que le explicase lo que aquello significaba, cuando la joven, adelantándose á sus preguntas, entraba en su gabinete. En sus labios se dibujaba encantadora sonrisa. Cogió el dominó, y sacudiéndolo con coquetería, preguntó, acercándose á Derstal:

—¿Verdad que es un disfraz muy discreto y elegante para un hombre serio?

—Muy elegante y muy discreto—contestó el compositor.—Y el hombre serio á quien está destinado soy yo, ¿no es cierto?

—No empieces rebelándote—exclamó la joven, dando á sus palabras entonación jovial.—Primero, porque me causaría un gran pesar, y luego, porque lo causarías igualmente á una amiga nuestra que te estima mucho: la duquesa de Spalatro. No negarás que es una de tus más fervientes admiradoras; siempre habla de ti.

—Sí, ya sé que es muy benévola conmigo—dijo sonriendo Derstal;—pero ¿qué relación puede tener este disfraz con el favor que me dispensa la duquesa?

—Que se trata de ir á su baile, y que todos los hombres, aun los más graves y ancianos, deben ir por lo menos, vestidos con un dominó. De frac no se puede ir.....

—Pero yo no había hecho propósito de ir de ninguna manera. Esta es la primera noticia que tengo de la fiesta, y me coge desprevenido. Tendrás la bondad de excusarme, y como las demás noches, te pasarás sin mi compañía.

—Como las demás noches, sí; ¡qué cruel eres insistiendo en este punto!—respondió Susana con tristeza.

—¿Te molesta?—preguntó Derstal con frialdad.

—Ya lo sabes.

—Pues no podía figurármelo, porque si te molestase no verme contigo, te sería muy fácil quedarte á mi lado.

Susana enrojeció.

—¿Y cómo podría conseguir esto—dijo—si nunca estás aquí?

—Muy fácilmente, querida mía. Á pesar de lo que dices, me parece que aquí estoy ahora, puesto que hablamos, y que no son más de las seis de la tarde. La ocasión no puede ser mejor. Espero que me darás pruebas del pesar que experimentas por no estar conmigo con más frecuencia.

—¿Y qué pruebas quieres?

—Yo no he de someterte á exigencias extraordinarias; ni quiero torturarte, ni pretendo humillarte tampoco. En vez de ir á la «arlequinada» de casa de la duquesa, vente á comer conmigo, y pasemos la velada juntos.

—¿Y qué diría la gente después de lo que he prometido?—exclamó Susana con precipitación.

—¿Tienes la bondad de decirme de quién se trata? ¿Qué promesas has hecho? No me parece eso nada bien. ¿No será tu absorbente familia la que se ocultará tras esas «gentes» á las que según parece temes tanto?

—No creas semejante cosa—contestó la joven;—soy libre, y nadie me obliga.

—Entonces no hagas más que lo que tu corazón te dicte, y ven conmigo como te propongo.

—Pero este baile promete ser encantador. ¡Tengo un traje precioso! ¿Quieres que te lo enseñe?

—No; me apesadumbraría mucho. Esta noche quiero verte únicamente disfrazada de mujer que quiere á su marido.

—¿Qué malo eres! ¡Y yo que me regocijaba pensando que me acompañarías al baile! ¡Esto es aguarme la fiesta!.....

—Te ofrezco otra en cambio. Una comida en un gabinete reservado, y luego el teatro que quieras.

—¿Quieres que aplacemos eso para mañana?

—No; esta noche, ó nunca.

—¿O nunca?—repitió Susana fijando con espanto sus ojos en Derstal.

—Sí, Susana; esta noche, ó nunca. Es preciso que hablemos francamente, pues ha llegado el momento decisivo. Por debilidad he ido retardando una explicación, que es absolutamente necesaria para nosotros; pero puesto que ya ha empezado, no debemos interrumpirla hasta llegar á una conclusión clara y formal.

—Y esta conclusión, ¿cuál es?

—Puedes elegir entre dos: ó compartir mi vida, ó separarme definitivamente de la tuya.

—¡Cómo! ¿Consentirías en separarte de mí?

—Prueba de que no lo consiento de buen grado, Susana, es que me resisto y lucho con todas mis fuerzas para convencerte de la necesidad de compartir mi vida....

—¿Separándome de mi familia?

—Como hacen al casarse todas las mujeres.

—¿Qué dirá mi padre?

—Dirá que eres una buena esposa.

—Nunca había previsto que abandonase mi casa para alejarme de los míos.

—Puedes hacer lo que quieras, pues no haré uso de mis derechos para obligarte á que me sigas.

—¿Entonces estás decidido á marcharte de aquí?

—Irrevocablemente.

—Pero, ¿por qué?

—Porque apenas se me considera más que á un criado y menos que á un pariente pobre. Se me mantiene, se me da habitación, y tengo que formar parte del cortejo. Siempre y cuando me muestre dócil y deferente, se me permite, de vez en cuando, que vea á mi mujer. Pues bien: es preciso que esto termine. Tu fortuna, bajo la cual me siento oprimido, la desprecio y la maldigo. Desearía que un cataclismo financiero te arruinase de la noche á la mañana, hasta el extremo de no

dejarte más que ojos para llorar. Yo me encargaría de secar tus lágrimas con mis besos, y te queirría tanto, tanto, que te haría olvidar tus desastres con la dulzura de la vida que observaría á tu lado. No es necesario ser tan ricos para ser dichosos, Susana; créeme, que muchas veces una gran riqueza es un obstáculo para muchas alegrías. ¿Quieres probar la medianía al lado de tu marido? Viviremos con lo que yo gane, y sólo podrás contar con el presupuesto de una modesta burguesa. Pero yo llevaré á tu salón, por modesto que sea, á todas las celebridades con que cuentan las artes y las letras; los independientes á quienes el lujo de tus recepciones no ha podido atraer, irán á tomar una taza de té cuando sepan que sólo se les pedirán los frutos de su talento, y que podrán presentarse con el mismo traje que llevan por la calle. No tendrás carruajes, pero podrás alquilarlos; y cuando te miren por la calle, no será por la hermosura de tus caballos, será por la belleza de tu rostro. No dirán de ti «es la hija del millonario Brandón», dirán «es la encantadora mujer de Derstal». Yo sé perfectamente que aceptando esta aparente rebaja en tu posición en el mundo, me harás actualmente un gran sacrificio; pero yo te recompensaré en el porvenir dándote á la vez la fortuna y el renombre ganados con mi trabajo. No es con razonamientos como quiero convencerte, Susana mía; quiero convencerte con mis súplicas. Te ruego que te dejes con-

vencer, y que tengas confianza en mí. No calcules, escucha sólo la voz de tu corazón, que siempre ha estado de acuerdo con el mío. Acuérdate de nuestras caricias y de nuestros besos.....

Hablando de este modo, la había aprisionado entre sus brazos, y sugestionándola con su amor, prodigándola caricias, se apoderaba de ella y la reconquistaba. Emocionada, trémula, cautivada por aquella elocuencia que le parecía seductora; curiosa tal vez de las impresiones de aquella nueva vida que Derstal le acababa de describir, Susana iba á decir sí, cuando la puerta de la habitación se abrió, y en el hueco apareció la señora Brandón. Detrás de ella se deslizó Harry, sonriendo con inquietud.

—Susana, ¿qué haces? Te están buscando por toda la casa para peinarte.....

Haciendo un movimiento instintivo, la joven se había separado de su marido. Con pesar Derstal pudo convencerse del gran ascendiente que en el espíritu de Susana ejercían los Brandón. Todas las ventajas que su ardiente súplica le había hecho ganar se perdieron de pronto.

—No han encontrado á Susana—dijo,—porque la han buscado en todas partes, excepción hecha de donde debía estar: al lado de su marido.

—Es una reconciliación tan nueva y tan edificante—arguyó maliciosamente Harry,—que nos sorprende extraordinariamente; pero puesto que tan bien se encuentran juntos, creo, mi querido

Oliverio, que debe usted asistir á su tocado.... Llevará un gran sombrero Gainsborough, que, encima del pelo empolvado, hará un efecto maravilloso. Espero que nuestra llegada producirá gran sensación.....

—Buen provecho les haga—dijo Derstal;—son triunfos á los que no aspiro, y desde luego estoy dispuesto á no presenciarlos.....

—¡Cómo! ¿Susana ha fracasado en su tentativa? ¿Su rigor sigue siendo el mismo para nosotros?

—Veo que esta maniobra estaba concertada entre ustedes. ¿Es á usted á quien debo el haber encontrado aquí este dominó?

—¿Me guarda rencor por ello? Sería una ingratitude muy grande.....

—Yo sé muy bien todo cuanto les debo—replicó Derstal con amargura;—pero renuncié á aumentar mi deuda. En este momento estaba anunciando á su hermana mi resolución. Me voy de esta casa, y deseo que mi mujer me acompañe.

—¡Susana!—exclamó con estupor la señora Brandón.—¿Has pensado en semejante cosa?

Miró alternativamente á su hija y á su yerno, y arrebatada por la sorpresa y la indignación, añadió:

—Salir mi hija de aquí ¿para ir.... adónde?

—Adonde le convenga vivir á su marido—respondió Harry.—Es el texto de la ley, querida madre.

—¡La ley!—replicó la señora Brandón.—¿Lle-

garía usted á proceder de semejante modo con nosotros, Oliverio?

—No lo tema usted—dijo Derstal;—no tengo el menor deseo de recurrir al comisario de policía. Si mi mujer no quiere seguirme de buen grado, se quedará.

—¿Pero qué significa todo esto? ¿Por qué causa ha tomado usted estas resoluciones, que nadie podía prever?

—Si no las comprende usted, señora—dijo Derstal,—renuncio á explicárselas.

—¿Qué motivos le hemos dado á usted para que llegue á ese extremo?

—Ninguno. Se me mantiene, se me da alojamiento, se me viste, estoy hecho un príncipe. Vivo en una jaula dorada; pero hay pájaros que sólo cantan cuando están en libertad.

—Caballero, si nos hubiese dicho eso antes, no le habríamos dado nuestra hija—replicó la señora Brandón, en la que el orgullo de raza, la omnipotencia de la riqueza y el amor maternal se combinaron bruscamente para sacarla de su acostumbrada placidez.—¿Es que nos equivocamos?

—No, señora; quien se equivocó fui yo, y nunca lo he comprendido mejor que en este momento.

Y volviéndose hacia su mujer, le dijo con mucha dulzura:

—Susana, es preciso que te decidas.

—Madre—dijo la joven,—debo irme con él; es mi deber.

—¡Es un loco, al que te prohibo terminantemente que sigas!—exclamó la señora Brandón, dando rienda suelta á su indignación.—Me ofende con su incalificable actitud. ¡Desconocer de semejante modo todas las bondades que hemos tenido con él! ¿Qué era cuando le acogimos en nuestra familia? Un pobre compositor sin un céntimo, al que se le predecían éxitos para el porvenir.... Esos éxitos, ¿dónde están? Ha defraudado todas las esperanzas que se habían fundado en él. En todas partes me reciben con estas preguntas abrumadoras: «Y su yerno, ¿no hace nada? ¿Qué espera para dar al público una obra genial?» ¡Y ahora se descuelga diciendo que está enjaulado y que no puede cantar! Pues que se vaya á poner su nido en un árbol y que recobre la voz. Entonces veremos lo que conviene hacer. Pero entretanto, ¿me oyes, Susana? en nombre de tu padre, que está ausente, y cuya autoridad represento, te prohibo que te separes de mí. ¿Qué le diría á Brandón si llegase mañana y encontrase vacío tu sitio en esta casa? Él, cuya fortuna le permite tratar de igual á igual á príncipes y reyes, ¿se dejaría dominar por un joven sin consistencia, únicamente porque es su yerno? Para tratar de poder á poder con Brandón es preciso tener trescientos millones de dollars, y ser, además, un hombre de primera fuerza. Hija mía, tu marido no es hombre que pueda hacer semejante cosa. Cuando tu padre esté aquí, pues yo le advertiré lo que sucede con un

cablegrama, se pondrá de acuerdo con él y obrará según lo que resuelvan. Hasta entonces, te ordeno que no te muevas de mi lado.

A esta explosión de autocracia familiar y financiera que transfiguraba á la pasiva señora Brandón, Derstal opuso la más desdeñosa frialdad.

—Aquí no se trata de dinero, señora; se trata de sentimientos, y en este orden de ideas no reconozco ninguna autoridad. Llevarme á su hija, después de las declaraciones que acaba usted de hacer, sería casi legitimar los agravios que, según dice, le he inferido; pero quedarme sería colocarme aún más bajo de lo que su desprecio me coloca. De un modo que no podía prevverse hemos llegado á ponernos de acuerdo. La dejo, pues, con vuestro orgullo, con vuestra insensibilidad y con todos vuestros *dollars*. Como usted ha dicho, yo no soy más que un pobre compositor, y, por lo mismo, no me llevo de aquí más que mi música.

De un cajón sacó la partitura de *La Veneciana*. Susana, trastornada por la rapidez con que veía agravarse la situación, corrió al lado de su marido.

—¡Oliverio—exclamó,—por piedad, un poco de paciencia y un poco de moderación!

—Susana—dijo Derstal con tristeza,—las palabras que se acaban de pronunciar son imborrables. ¿Qué pensarías de mí si las sancionase con mi sumisión?

—Entonces, yo me voy contigo—dijo con desesperación.

—No, ahora no es posible. Reflexiona y espera. Quiero que medites con calma tu decisión. No puedo permitir que obres impulsada por un arranque generoso que luego podrías lamentar.

—¿Dudas de mí?

—¡Quién sabe!—respondió.

—Oliverio, tú no me quieres; tu única adoración es el arte. Yo lo suponía y tú me lo pruebas. Algunas veces te lo he oído decir: «Para un artista, lo único importante es la gloria.» Sin esta rival habríamos sido felices..... pero me sacrificas á ella.

Derstal, emocionado ante esta ardiente protesta, vaciló. Habría cedido tal vez, pero la irónica voz de Harry murmuró:

—Eso es dejar la luz por la sombra.

El rostro de Derstal se contrajo con amarga dureza; dió dos pasos resueltamente, y sin una mirada, sin añadir una palabra más, se fué.

V

Sentado á la mesa de su despacho, Lavirón estaba corrigiendo las pruebas de un artículo, cuando la criada, entrando bruscamente, le dijo:

—El señor Derstal pregunta si quiere recibirle.